

## Europa ante la inmigración

*¿Zorros o erizos?*

**Francis Ghilès**

*Problems and practical solutions to tackle extremism; and Muslim youth and community issues*  
Mehmod Naqshbandi  
Defence Academy of the United Kingdom,  
*The Shrivenham papers*  
núm. 1, agosto de 2006, 32 págs.

*Integrating Islam, political and religious challenges in contemporary France*  
Jonathan Laurance y Justin Vaisse  
Washington: Brookings Institution Press  
2006, 343 págs.

*Rome and Jerusalem, the clash of ancient civilisations*  
Martin Goodman  
Londres: Allen Lane, 2007, 656 págs.

*Murder in Amsterdam, the death of Theo Van Gogh and the limits of tolerance*  
Ian Buruma  
Londres: Atlantic Books, 2006, 228 págs.

*Les jours de Shaytan*  
Saïd el Haji  
Larbey: Gaia Edition, 2004, 205 págs.

**T**heo van Gogh fue asesinado en Amsterdam el 4 de noviembre de 2004 por Mohamed Buyeri, un ciudadano holandés y marroquí. El 7 de julio de 2005, unos británicos de ascendencia pakistaní y jamaicana colocaron bombas en el metro de Londres. Cuando el huracán *Katrina* azo-

tó Nueva Orleans ese mismo verano, dejó a una mayoría de negros atrapados en la ciudad inundada. Unas semanas después, estallaron revueltas en grandes ciudades francesas que provocaron destrozos generalizados, en especial al amor propio francés.

Diversos analistas se apresuraron a proclamar que todos los modelos de integración estaban muertos. No hay nada que guste más a los europeos, y sobre todo a los franceses, que señalar con el dedo a Estados Unidos y al número de negros estadounidenses atrapados en la pobreza, de la cual no parece haber escapatoria fácil, y la cifra desproporcionada de negros que se encuentran en el corredor de la muerte. Devolviendo el cumplido, muchos analistas estadounidenses afirman que Europa ignora la amenaza del islam radical y que “se está suicidando permanentemente, (mientras) lo único que podemos hacer quizá sea contemplar el horror”. Advierten que “la amenaza de los radicales islamistas que está barriendo Europa es tan grande para EE UU como lo fue la amenaza de los nazis que se hicieron con Europa en los años cuarenta”. Otro pesimista nos dice

**Francis Ghilès** es investigador del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed) de Barcelona.

que la población del viejo continente va camino de “caer hasta un 30 por cien de su nivel actual hacia 2010”, lo que significa que “la cuna de la civilización se habrá convertido en su tumba”.

Pocos europeos reconocerían el continente en el que viven en este espejo distorsionador que sostienen desde el otro lado del Atlántico, mientras que los estadounidenses insistirían en los numerosos rasgos positivos de la vida en EE UU. Muchos europeos, con unos índices de crecimiento económico y creación de riqueza a menudo más lentos, prefieren restar importancia al enorme dinamismo de la economía al otro lado del Atlántico. Ahora que se ha dictaminado la muerte de todos los grandes modelos, tal vez se inicie un análisis verdadero: ello indica que cada modelo oculta tanto como revela. Semejante observación no es ni mucho menos sorprendente, y resulta particularmente cierta en el caso del modelo republicano francés, tan ridiculizado en EE UU y otros lugares por analistas que intentan volver la espalda a la negativa de Jacques Chirac a secundar la invasión de Irak encabezada por EE UU.

Una vez suprimida la histeria, es justo decir que los profetas estadounidenses de la perdición europea hacen dos observaciones de peso. Los índices de fertilidad en Europa han disminuido muy por debajo de los 2,1 hijos por mujer necesarios para que una población permanezca estable; en este momento, el promedio en toda Europa es de 1,5. Esta espiral descendente ahora se ve reafirmada, ya que en el futuro, Europa tendrá cada vez menos mujeres en edad reproductora. La segunda observación es que la población musulmana de Europa está aumentando drásticamente a la vez que la pobla-

ción blanca europea disminuye. Estas tendencias podrían augurar problemas, como de hecho ha advertido la Comisión Europea.

Entre tanto, en el continente se desarrolla un debate animado, aunque un tanto desesperado, sobre la asimilación de inmigrantes. Puede que los analistas estadounidenses hayan percibido tendencias reales, pero como suelen inclinarse por las suposiciones más pesimistas, denotan su debilidad.

Algunos sostienen que la tasa de natalidad española es la más baja de Europa y prevén que la población disminuirá un 25 por cien en 50 años. Pero esas predicciones solo se sostienen si suponemos que España no tendrá inmigración neta. Desde 2000, ha llegado a España más de medio millón de inmigrantes, que han impulsado la población hasta los 44 millones de habitantes y representan la mitad del índice de crecimiento económico anual, del 3,6 por cien. Eurostat, el organismo de estadísticas europeo, pronostica que la Unión Europea tendrá una población de 449,8 millones de habitantes en 2050, en comparación con los 456 millones actuales, porque la disminución de la fertilidad se verá compensada en gran medida por la creciente inmigración. El problema no es tanto que la población europea simplemente disminuya; es que en los próximos 50 años, Europa tendrá que lidiar con el hecho de que su población está envejeciendo y diversificándose mucho más. Esa tendencia llevaría a una debacle fiscal si el Estado de bienestar sigue sin reformarse, pero es algo improbable, ya que los sistemas del bienestar y los patrones profesionales ya están cambiando.

En cuanto a las posibilidades de que Europa se convierta en un nuevo

continente llamado Eurabia, semejante profecía también recurre a la proyección de las tendencias demográficas hasta su límite y más allá. Cuando el muy conservador George Weigel fantasea sobre el día en que “el muecín llame a los fieles a la oración desde la logia central de San Pedro, en Roma”, los europeos avezados deben recordarle que, teniendo en cuenta que solo un 1,7 por cien de la población italiana es musulmana, ese acontecimiento parece muy distante: entre 15 y 16 millones de los 456 que actualmente habitan Europa son musulmanes. Esas fantasías no tienen en cuenta que las mujeres musulmanas reducen bruscamente sus índices de fertilidad tras unos pocos años de residencia en Europa.

Francia, donde los musulmanes representan más del ocho por cien de la población, ofrece cierto consuelo a su visión pesimista, pero de nuevo, un poco de sentido común y un mayor respeto por la verdadera realidad del islam y la República revelan lo distorsionados que son esos puntos de vista. Igual de engañosa es la idea de que los líderes políticos franceses son rehenes de su voto musulmán, lo cual garantiza una actitud blanda ante el terrorismo y de antagonismo con Israel y EE UU, y que se está produciendo un proceso de colonización a la inversa. Quienes deseen menospreciar a Chirac en particular son libres de hacerlo, pero su angustia sobre la situación en Francia no refleja en ningún modo la realidad de la vida cotidiana en ese país.

Es posible llegar a una conclusión más compleja y menos pesimista. Puede que la población musulmana de Europa se halle ante una bifurcación crucial en el camino: una senda lleva a muchos musulmanes a la integración

en Occidente, y la otra marca el rumbo hacia la marginación y un posible extremismo. También puede que el complejo tapiz de Europa y el islam desafíe las soluciones simples. Debemos hacer muchas cosas distintas en lugares diferentes. De hecho, ésa es la conclusión del reciente informe realizado por Mehmod Naqshbandi, *Problems and practical solutions to tackle extremism; and Muslim youth and community issues*, para la Academia de Defensa de Reino Unido.

Debemos comportarnos como zorros y no como erizos. Las reflexiones de Isaiah Berlin sobre esta cuestión podrían apuntar en la dirección correcta. “El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una cosa importante”. Contra erizos estridentes como Jean Marie le Pen, Silvio Berlusconi y Fox News, debemos seguir insistiendo en que esto no es solo una gran guerra contra el terrorismo que han de ganar los “buenos” (George W. Bush y Tony Blair) eliminando a los “malos” (Sadam Husein y Osama bin Laden). No es una historia de policías y ladrones.

Francia alberga a la población musulmana más numerosa de Europa; el país tiene una dilatada y brillante historia de integración de poblaciones extranjeras. A diferencia de Reino Unido, Alemania, Italia y España, Francia se convirtió en un país de inmigración, más que de emigración, a principios del siglo XIX, y absorbió oleadas de polacos, italianos, españoles y europeos del Este, entre ellos judíos. Se consideró a casi todas las generaciones de inmigrantes incapaces de integrarse, y esto es patente todavía en algunas actitudes hacia los inmigrantes. Sin embargo, aparecieron expatriados de Argelia en los suburbios de París en los años veinte del siglo pasado, y hace casi 100 años, en las batallas de Verdun y

el Somme, combatieron soldados nativos de las que entonces eran provincias francesas.

La integración de estas diversas oleadas se garantizó con éxito mediante el sistema de escuelas públicas, el ejército y el trabajo, que en la actualidad están demostrando ser menos eficaces debido a la fragmentación de la educación, la supresión del servicio militar obligatorio y un elevado desempleo. El concepto francés de ciudadanía basado en los principios revolucionarios de *liberté, égalité, fraternité*, y la separación de iglesia y Estado todavía atraen a muchos inmigrantes, como indican sondeos recientes: siguen siendo una herramienta inestimable para la integración.

En *Integrating Islam, political and religious challenges in contemporary France*, Jonathan Laurance y Justin Vaisse desarrollan estos asuntos con cierto detenimiento. Creer que identificar a los musulmanes solo por su creencia religiosa es engañoso, sobre todo cuando muchos de ellos no lo hacen. El complejo tapiz de Europa y el islam refleja la situación en países determinados, y también en todo el continente: existe una enorme diversidad sectaria, étnica e ideológica en países como Francia y Reino Unido.

Los musulmanes que responden a sondeos de opinión realizados entre quienes se identifican como musulmanes muestran un fuerte apego por Francia y suelen ser más optimistas respecto al país que la mayoría de los entrevistados de otros orígenes. Esto supone un marcado contraste con los franceses blancos: rara vez un pueblo ha sido tan próspero y productivo y ha estado tan protegido de los riesgos de la vida; y, sin embargo, rara vez ha mostrado una nación tanta inseguridad y temor. Solo un 33 por cien tiene

una opinión positiva del capitalismo, alrededor de un 76 por cien cree que su país está en declive, la desconfianza hacia los extranjeros se ha intensificado, y las escuelas ya no actúan como ascensores sociales que permiten triunfar a los pobres pero capaces.

Engañar al Estado e infringir las leyes se ha convertido en un pasatiempo nacional. Una cuestión que a menudo pasan por alto numerosos analistas es que muchos de los jóvenes que se amotinaron en 2005 no gritaban por este rechazo de la sociedad francesa, sino por la desesperación por ser parte integral de ella. Su angustia nace de la incapacidad de la economía francesa para crear suficientes puestos de trabajo, lo cual afecta desproporcionadamente a los menos instruidos.

El desafío de integrar a muchos de los musulmanes de Francia sigue siendo imponente. Dos series de estadísticas simbolizan los patrones de exclusión e integración que se dan en la Francia moderna: los prisioneros de padre norafricano superan en número a los reclusos de padre francés en una proporción de nueve a uno en el grupo de 18 a 29 años, y de seis a uno en el grupo de 20 a 39 años. El sistema judicial concentra sus energías en los jóvenes de origen extranjero. A su vez, entre la generación más joven, hasta una cuarta parte de las mujeres musulmanas están casadas con hombres no musulmanes, y la mitad de los jóvenes musulmanes cohabitan con mujeres no musulmanas.

Muchos musulmanes llegaron a Francia en los años sesenta y setenta, tras la brutal guerra de independencia en Argelia, que dejó una cicatriz en la psique francesa, y llevan la carga de la larga historia de relaciones tumultuosas entre Francia y el mundo árabe musulmán. La historia se ve agravada

por una visión culturalista que ha definido el debate público en términos de fundamentalismo, terrorismo o atraso islámicos. Los autores pintan un cuadro convincente del auge simultáneo de la “islamofobia” y una mayor aceptación del islam en Francia. Cualquiera que visite París puede ser testigo de la cantidad de conciertos de música clásica andalusí del Magreb que se celebran en auditorios y cafés durante las noches del Ramadán, donde se mezclan multitudes musulmanas y no musulmanas.

Las prácticas religiosas de algunos musulmanes en ocasiones han chocado con la tradición laica del Estado francés, sobre todo en torno a si las jóvenes podían llevar el velo en las escuelas públicas, pero en su mayoría han aceptado la prohibición. La ideología terrorista ha contagiado sin duda a algunos jóvenes musulmanes desafectos que plantean una amenaza letal potencial. Sin embargo, estos problemas merecen situarse en una perspectiva más amplia. El gobierno y las fuerzas de seguridad se han mostrado firmes a la hora de lidiar con el extremismo, han realizado un minucioso seguimiento de los grupos radicales durante más de una década y han expulsado a imanes extremistas: vale la pena recordar que hay más vascos (157) en la cárcel por delitos relacionados con el terrorismo que islamistas (103).

El ministerio de Interior ha hecho grandes esfuerzos por acoger a la minoría musulmana, y recientemente auspició la creación de un Consejo Musulmán. También ha insistido en la discriminación positiva: la prestigiosa escuela Sciences Po de París ha lanzado una iniciativa para la discriminación positiva que ha gozado de una calurosa acogida. La policía y el ejército, además de empresas privadas como

Peugeot, han seguido el ejemplo, pero es cierto que la integración política ha quedado rezagada. No hay ningún diputado musulmán en la Asamblea Nacional o un alcalde musulmán en ninguna ciudad importante, aunque un ciudadano francés de origen argelino, Rashid Nekaz, se presenta como candidato a las elecciones presidenciales de la próxima primavera (<http://www.nekkaz.com>). Este licenciado por la Sorbona de 35 años vendió hace poco su casa para financiarse la campaña. Nekaz afirma que solo un gobierno de unidad nacional puede acometer las difíciles reformas que debe emprender Francia. Merece la pena leer su *blog*, sobre todo porque las principales cadenas televisivas francesas rara vez le piden que participe en los debates que organizan con los mismos miembros desacreditados de la nomenclatura del país.

Rememorando la historia, un episodio olvidado nos revela hasta qué punto la falta de liderazgo en el centro y las afueras de la capital puede fomentar tensiones raciales y religiosas durante siglos. La represión por parte de los romanos de la revuelta de los judíos entre los años 66 y 70 d.C se llevó a cabo con una brutalidad atroz incluso para el bajo rasero de la época. Durante el siglo posterior, gobernadores de segunda fila enviados a Judea permitieron que incidentes menores se agravaran y reaccionaron excesivamente cuando éstos se produjeron. La dura respuesta tuvo consecuencias no deseadas para la política del poder central cuando una personalidad política aparentemente insignificante, Vespasiano, se hizo con el poder tras las guerras civiles que siguieron a la muerte de Nerón. Con los judíos como únicos enemigos plausibles, la triunfal procesión para

conmemorar el saqueo de Jerusalén en la práctica hizo las veces de ceremonia de coronación de Vespasiano.

La victoria de Vespasiano convirtió la derrota de los judíos en un importante símbolo icónico del poder romano durante el resto de la antigüedad pagana. La falta de tacto de la Roma imperial tiene paralelismos en el mundo actual. En cuanto al riesgo de enfrentamientos políticos, económicos y militares que se convierten en choques de civilizaciones, la historia narrada en Roma y Jerusalén ofrece muchas lecciones a los líderes occidentales, como analiza Martin Goodman en *Rome and Jerusalem, the clash of ancient civilisations*. El pulso entre romanos y judíos tuvo su efecto en la pequeña secta judía de los cristianos que intentaban afianzarse en el mundo romano. Se esforzaron cada vez más “no solo por negar totalmente su judaísmo, sino por atacar al judaísmo en general”. Vivimos con las consecuencias del antisemitismo que fomentó la iglesia hasta la segunda mitad del siglo XX.

La imagen de una supuesta influencia de los musulmanes en la política exterior de Francia guarda poca relación con la realidad. Daniel Pipes escribía en *The New York Sun* sobre “el primer caso de una insurgencia musulmana semiorganizada en Europa”, y sobre una juventud musulmana que respondía a “las llamadas de Alahu Akbar”. Pipes parece saber unas cuantas cosas que la seguridad francesa ignora. A Bat Ye’or le encantan las teorías de la conspiración: ¿es la “guerra encubierta” de la UE “contra Israel, a través de sus aliados palestinos árabes, la materialización secreta de la alegría por el mal ajeno y un Holocausto interrumpido?”. Ye’or postula que Eurabia, como le gusta llamar a Europa, “es básicamente anticristiana, antiocciden-

tal, antiamericana y antisemita”. La autora parece no ver la diferencia fundamental entre las críticas a una política gubernamental y la creencia en una naturaleza nociva inherente a todo un pueblo. Lo cierto es que es mucho más probable que los sentimientos racistas que persisten en Francia se dirijan contra los inmigrantes negros o musulmanes. No existen pruebas de la influencia directa de la minoría musulmana en la política exterior francesa, aunque la presencia de musulmanes sí tiene un impacto directo en la diplomacia con respecto a Oriente Próximo: principalmente confirma las políticas francesas ya existentes hacia esta región y refuerza la insistencia del gobierno en acatar la ley internacional y obtener un consenso multilateral antes de intervenir allí. El gobierno francés teme el malestar en el extrarradio solo en la medida en que teme un choque de civilizaciones en Oriente Próximo en general.

Pasando al antisemitismo y al uso del “comunitarismo”, definido como unas políticas de identidad basadas en el grupo, los autores creen que pueden tener su origen en una combinación de factores: problemas relacionados con la integración social y económica de los musulmanes, la importación del conflicto palestino-israelí a Francia, la competencia entre grupos de inmigrantes e incluso el ligero renacer del antisemitismo de la derecha tradicional. El islam como religión también parece desempeñar un papel, aunque limitado. No obstante, el antisemitismo y el auge del comunitarismo siguen siendo dos de los aspectos más preocupantes y negativos del proceso de integración, tanto en sí mismos como por el fracaso más general que revelan”.

En un sentido más amplio, volvemos a lo que han señalado numerosos



observadores: la doble personalidad, culturalmente hablando, de muchos inmigrantes y los graves problemas de identidad que acarrea ese desorden. La acogida inicial y el posterior rechazo airado de la cultura laica de la Europa moderna, ya sea en su variante holandesa, alemana, española, francesa o británica, con sus habituales tentaciones de libertinaje sexual, drogas, alcohol y entretenimiento subido de tono; el dolor por estar dividido entre dos patrias, ninguna de las cuales es del todo un hogar; la influencia de un imán radical y del material islamista en Internet, cintas y videocasetes o DVD; el sentimiento victimista musulmán global exacerbado por las noticias procedentes de Bosnia, Chechenia, Palestina, Afganistán e Irak; o el pequeño grupo de amigos que potencia la determinación y la confianza con la que unos pocos abordan el martirio. Esta enfermedad de corazón y mente simboliza lo que algunos observadores han definido como el “pueblo entremedias”.

La extraordinaria relación de amor-odio que Francia mantiene con Argelia simboliza en muchos sentidos los siglos de encuentro de Francia con el islam. Hoy día, Francia está “descubriendo la necesidad de afinar el autoproclamado universalismo de su modelo de ciudadanía. Las dudas sobre su futuro no ayudan, pero los políticos por fin han tomado una aleccionadora conciencia de que la estabilidad y el éxito de la República dependen de su capacidad para estar a la altura de su lema: “libertad, igualdad y fraternidad”.

La expresión acuñada por Jonathan Lawrence y Justin Vaisse resume ingeniosamente el desafío: “Altercados urbanos en Francia: es Marx, y no Bin Laden”. Poco después de las eleccio-

nes de 2002, el nuevo gobierno de Jean Pierre Raffarin se embarcó en una política más conservadora y restó empuje a los programas sociales. Nicolas Sarkozy ordenó a la policía que se centrara en ofrecer seguridad ciudadana y combatir el delito, y no en una labor social. El gobierno recortó las subvenciones a los trabajadores sociales: en Marsella, donde una cuarta parte de la población es musulmana, el alcalde conservador no corrió esos riesgos y se preocupó por mantener todas las redes de ayuda social existentes. Mientras ciudades de toda Francia se amotinaban hace 18 meses, Marsella permanecía en calma.

Otro país donde la integración de la minoría musulmana se ha debatido apasionadamente durante los últimos años es Holanda, cuya imagen de nación tolerante quedó hecha añicos por el ascenso y asesinato del demagogo Pym Fortuyn, el primer asesinato político cometido en Holanda en 330 años, seguido por el del cineasta Van Gogh a manos de Buyeri poco después.

Algunas características psicológicas de los jóvenes musulmanes de Holanda tienen sus paralelismos en Francia y Reino Unido. Un psicoanalista holandés de origen marroquí, Bellari Said, señala que la depresión y la esquizofrenia son problemas frecuentes entre sus pacientes. La depresión es especialmente corriente entre las mujeres, y la esquizofrenia entre los hombres; ésta última no parecía afectar a los inmigrantes de primera generación. Los trabajadores extranjeros solían ser depresivos, y no esquizofrénicos. La que sufría esquizofrenia era la segunda generación de marroquíes, nacidos y educados en Holanda. Un joven marroquí de segunda generación tenía unas posibilidades 10 veces mayores de ser esquizofrénico que un ho-

landés autóctono con unos antecedentes económicos similares. La sensación de humillación podría ser un factor, ya que los inmigrantes suelen visitar al psicoanalista solo cuando las cosas se tornan en crisis.

Sin embargo, Bellari cree que el problema es más profundo y radica en la adaptación a una sociedad más libre desde otra estrictamente regulada, lo cual puede llevar a la desintegración de la personalidad. Los hombres sufren más que las mujeres porque tienen más libertad para interactuar con la sociedad occidental tradicional. Cuando el proceso de integración va demasiado rápido, las “conexiones cognitivas” de estos jóvenes sufren graves desperfectos. Por tanto, es posible interpretar el deseo de unas estrictas normas religiosas como una forma de nostalgia, una manera de recuperar el mundo de sus padres o lo que creen que era el mundo de sus padres.

*Murder in Amsterdam, the death of Theo Van Gogh and the limits of tolerance*, del periodista y escritor de origen holandés Ian Buruma es brillante. El autor es agudo hasta el punto de la crueldad, y comprende las motivaciones de los personajes a los que describe mejor que ellos mismos. Holanda sufrió una transformación tan rápida entre los años sesenta y ochenta, que tanto autóctonos como inmigrantes tuvieron que cambiar de creencias: Pym Fortuyn había sido marxista, Buyeri seguidor del Partido Laborista holandés, y Theo Van Gogh pasó de antisemita a “islamófobo”. La célebre tolerancia holandesa tenía sus límites. Por supuesto, es más fácil ser tolerante con quienes se parecen mucho a nosotros, cuyos chistes entendemos y que comparten nuestro sentido de la ironía.

Un joven holandés proveniente del norte de Marruecos que es capaz de crear una obra maestra como *Les jours de Shaytan* en holandés no tendrá ningún problema para integrarse. Saïd el Haji, que habla bereber (su lengua nativa), holandés e inglés con fluidez, es lo opuesto a una doble personalidad: es una personalidad múltiple y navega entre tres idiomas y culturas como si estuviese jugando una partida rápida de tenis de mesa. Los retratos de sus padres y el IMÁN local son extremadamente divertidos. El libro está dedicado a su padre ya fallecido que, como reconoce Haji con tristeza, nunca habría comprendido que su hijo se zafara del fuerte abrazo de las normas tradicionales para convertirse en un ciudadano libre de Holanda y el mundo.

No todos los inmigrantes poseen el ingenio, el valor y la insolencia del autor. Por su parte, Buruma ha logrado aplastar a su país natal en el vicio de su inteligencia. Los asesinatos de Fortuyn y Van Gogh auguran “el fin de un dulce sueño de tolerancia y luz en el pequeño enclave más progresista de Europa”. Ambos episodios también subrayaron con mayor crudeza que hasta hoy un hecho convenientemente olvidado: que los holandeses no ayudaron a sus hermanos judíos entre 1940 y 1945 tanto como les gustaba aparentar tras la Segunda Guerra mundial.

Como ciudadanos y gobiernos europeos, podemos optar por apartar la mirada de Palestina, por satanizar a quienes viven entre nosotros y son musulmanes o reducir su identidad a su religión. También podemos visitar la tumba de Charles Martel (*El Martillo*) entre las sepulturas de los reyes franceses en la catedral de Saint Dennis, y recordar su victoria cerca de Poitiers en el año 732, cuando se logró frenar



al ejército invasor musulmán. La catedral se encuentra a las afueras de París, en un barrio atestado de tiendas de origen árabe y africano en las que muchas mujeres llevan velo. Así son las jugadas de la Historia.

Quizá sería más inteligente comportarse como zorros y recordar que la diversidad cultural de los inmigrantes musulmanes desafía la simple clasificación, los eslóganes y las respuestas fáciles: argelinos de la Cabília y somalíes, turcos y cachemires, pakistaníes y tunecinos; la variedad de credos, costumbres e idiomas es infinita entre las comunidades musulmanas inmigrantes de toda Europa. Esa diversidad no puede reducirse a una pertenencia al Dar al Islam que todo lo abarca.

La “tensión” moral de la sociedad holandesa quizá no haya ayudado demasiado al país cuando pretendía hacer frente a sus nuevos inmigrantes. Holanda nunca ha tenido una cultura verdaderamente metropolitana: Amsterdam no es París o Londres, cuyo cosmopolitismo ofrece algunas herramientas poderosas para integrar a gentes de orígenes muy diversos.

A medida que los líderes políticos, los medios de comunicación y los ciudadanos de a pie europeos afrontan los desafíos planteados por la oleada de inmigración llegada de países musulmanes durante la pasada generación, tendrán que decidir qué es esencial y qué es negociable en su estilo de vida. La libertad de expresión es fundamental y deberá ser protegida a toda costa.

La integración del islam en Europa es una descripción tanto de lo que está haciendo la gran mayoría de los musulmanes como del imperativo político que ha guiado la gobernación en los últimos años. Solo triunfará si

se consigue que el concepto de islam se desprenda de parte de su bagaje ideológico.

El erudito francés Olivier Roy ha hablado de las cinco “parejas infernales” que son habituales en Occidente y que por su fácil vinculación de fenómenos complejos parecen conectar el islam con todos los problemas de nuestra era: islam e inmigración, islam y conflictos en Oriente Próximo, islam y terrorismo, islam y exclusión social en el extrarradio de París, e islam y “choque de civilizaciones”. Solo si todos –musulmanes y no musulmanes– logramos abordar estos fenómenos complejos o, en otras palabras, comportarnos como zorros, podemos esperar triunfar. Si nos comportamos como erizos, fracasaremos.